

# Didáctica

## Las pasiones de la razón

Pablo López López

### Resumen

La razón y la pasión entretajan la vida humana. Ésta es una unidad psicósomática y, espiritualmente, ración-pasional. En efecto, en nuestra inteligencia, en nuestra fe y en nuestra libertad somos ración-pasionales, y como tales nos educamos. Para lograrlo, necesitamos armonizar razón y pasión trascendiendo lo relativo, en pos del Absoluto. El más preclaro modelo es el del Logos hecho Pasión.

### Abstract

Human life is interwoven with reason and passion. It is a unity of the soul and the body. And, spiritually speaking, our lives are both rational and passionate, a unity of both dimensions. Effectively, in our intelligence, our faith, and our freedom we are ratio-passional beings, and we have to be brought up and educated as such. To achieve this integration, we need to harmonize reason and passion, transcending the purely relative, in search of the Absolute. The perfect, shining example of this is the Logos made Passion.

**Palabras claves:** Razón, pasión, fe, educación, Absoluto.

**Key words:** Reason, Passion, Faith, Education, Absolute.

### *1. Razón y pasión entretajadas*

La razón es apasionante. Vive de sus pasiones. Las pasiones impulsan la razón. La misma pasión humana no deja de vertebrarse con cierta racionalidad. Tanto sentido tiene hablar de las pasiones de la razón como de las razones de la pasión. *Pasión y razón se entretajan en cada ser humano y en cada sociedad.* Así, entretajan y vivifican la historia.

Sólo hay guerra civil entre las pasiones y la razón, cuando ésta no se comprende a sí misma ni su misión ordenadora y las pasiones se desbocan. En lugar de enfrentarse, razón y pasión deben acoger

su natural y fructífera compenetración. La razón debe reconocerse pasional. Y las pasiones necesitan madurar racionalizándose. La paz interior que todos anhelamos, pasa por la paz entre nuestro ser pasional y nuestro ser racional. *Los humanos somos los animales raciopasionales*. Con la paz raciopasional conseguimos que nuestras pasiones sean razonables y nuestra razón apasionada.

El fuego de la pasión y la luz de la razón no se reducen ni a una materialista zoología, ni a una previsible mecanicidad. *Desde su fondo espiritual, pasión y razón trascienden hasta el más deslumbrante misterio*. Con sus múltiples razones a veces enfrentadas o perplejas, la razón es un misterio para sí misma. Lo es tanto o más que el misterio de las pasiones, sobre todo el de las más nobles.

Ahora bien, el misterio humano no es una obscuridad insuperable, sino una luminosidad inagotable en la que siempre podemos penetrar y ascender. Siempre es posible y necesario crecer en el conocimiento de nuestra misteriosa realidad humana, tanto en sus definitorios trazos inalterables como en su variedad y evolución históricas. La razón se conoce a sí misma y lo demás, así como la pasión siente lo otro y se siente a sí. La autoconciencia es racional y pasional. *El necesario conocimiento de sí mismo y de los otros supone comprender la sorprendente dinámica raciopasional*. Ésta, sin reduccionismos ni desequilibrios, transcurre entre el protagonismo parejo de razones y pasiones.

El raciopasional misterio humano no sólo no nos repele, sino que incluso nos convoca a entrar en él a fin de ir conociendo nuestra paradójica naturaleza libre. En su distintiva dimensión psíquica, *la naturaleza humana es tan pasional como racional*. Es una unidad raciopasional integrada en una unidad psicosomática libre. Los humanos somos y crecemos como un unitario fuego luminoso de pasión y razón, el cual se yergue sobre la cera de nuestro cuerpo. Nuestras espirituales inteligencia y pasión animan nuestra honda libertad, desarrollándonos como personas.

Como ser limitado, el humano es un ser compuesto: de materia y espíritu. La materia es, por definición, una realidad compuesta y, sobre todo en los seres vivos superiores, plurimodal. Tal pluralidad es especialmente compleja en el cuerpo humano, sin menoscabo de su unidad orgánica (anatómica y fisiológica), en continua apertura medioambiental. Por su parte, nuestro espíritu, específicamente creado para animar la pluralidad somática de nuestro cuerpo, no deja de albergar cierta variedad de facultades y tendencias, que tampoco rebajan su unidad espiritual. Ésta es mucho mayor que la de cual-

quier cuerpo, pues lo espiritual, siendo mucho más capaz que lo material, es de suyo algo muy unitario, aunque no uniforme. En virtud de tan rica variedad interna del espíritu, en nuestra alma espiritual cabe distinguir inteligencia y voluntad, es decir, la facultad intelectual o racionalidad y la facultad volitiva, dinamizadora de sentimientos, emociones y pasiones. Lo sabemos por introspección, universal y tradicionalmente compartida, si bien los reduccionismos materialistas pretendan negarlo. La confluencia de ambas facultades da lugar a algo tan humano como la apasionada voluntad inteligente o inteligencia raciopasional. Pero esto no se entiende como dualismo alguno, pues *en las diferentes pluralidades constitutivas del hombre prima su unidad, que es psicósomática y raciopasional.*

*La libertad humana se desarrolla con las buenas pasiones y la razón orientada a la verdad.* Gracias a esto, su libertad va más allá del plano físico o de una superficial gama de decisiones. La misteriosa libertad humana, aunque limitada, apunta a orientar el propio destino vital, el sentido global de la existencia. La libertad humana no es una realidad acabada, sino un camino de realización completa y conjunta. Tal camino liberador requiere un conocimiento significativo de la verdad humanamente relevante. La verdad es la realidad en tanto que cognoscible o conocida. Por ello, nuestra frágil libertad sólo se realiza en la verdad, en su solidez. Sólo en la verdad, conocida intelectual y vivencialmente, se hace realidad nuestra oscilante y desafiada libertad.

En efecto, la verdadera libertad sólo se actualiza y madura en la verdad, en la amplia verdad del ser humano y de la vocación personal, integrando razones y pasiones buenas. La libertad misma es una verdad que, en toda su extensión, es objeto propio de la filosofía. Además de ser objeto específico de la filosofía, la libertad es en sí misma una experiencia muy filosófica. Así es, porque en su base entronca con el sentido de la vida, con su «pathos» y su «logos». Lo que apasiona y da razón de nuestro vivir, es el fondo en el que se inscriben nuestras decisiones libres. De nuestra filosofía de vida depende nuestra libertad. La libertad es filosófica. Por ello, sin filosofía, sin su verdad primordial, no hay libertad. Sin un mínimo de sabiduría, no cabe una libertad propiamente dicha, que merezca la pena. Para elegir bien en la vida, se requiere un saber sapiencial y la correspondiente educación. Y, siendo la educación el buen desarrollo de la libertad, sin filosofía, no hay educación. La propia filosofía es pasión y razón cultivadas y profundísimas, ya que la filosofía es la pasión del amor y la razón de la sabiduría. La razón y la pasión no se ago-

tan en consideraciones psicosociales o neurológicas. Se muestran en todas sus dimensiones sólo desde las perspectivas filosóficas. *Razón y pasión se entretajan ejemplarmente en la filosofía*, en la sabiduría amada. Ésta, bien cultivada, es modelo de racionabilidad o pasiorracionalidad.

Ahora bien, por más entreveradas que se hallen, las nociones de «razón» y «pasión» se distinguen. Hagamos, pues, *las distinciones* y clarificaciones conceptuales pertinentes. Sólo así estaremos en disposición de razonar bien nuestras pasiones y apasionarnos debidamente con nuestra razón.

## *II. Los campos conceptuales de la pasión y la inteligencia*

### 2.1. El entendimiento: inteligencia, razón, mente y fe

Muchas son las definiciones aportadas sobre estos campos conceptuales, aunque bastantes de ellas convergen o equivalen en mayor o menor medida. Sin pretender dar una respuesta definitiva, y con la brevedad de esta presentación, propongo las siguientes definiciones. Así, al menos tendremos un claro punto de partida para ulteriores correcciones o mejoras conceptuales y para entendernos, sabiendo de qué estamos hablando.

Abordemos primero la más elemental serie de conceptos vinculados con alguna forma de entendimiento, entre los que descuella el de «inteligencia». Como acción, *el entendimiento constituye la apertura cognoscitiva a la realidad*. A su vez, el conocimiento es la advertencia significativa o relevante de una realidad. En mayor o menor medida, el entendimiento logra una captación ordenada de algo real. Todo entendimiento limitado implica una interpretación, una captación en perspectiva. El entendimiento puede ser intelectual (universal y de amplia causalidad) o bien meramente empírico, particular y casuístico.

*La inteligencia consiste en el conocimiento universal y orgánico*. Transciende la concreción espaciotemporal de la materia. Por ello, es propiamente espiritual, si bien en el hombre se halla fuertemente ligada a bases neuronales y a la interacción social corporal.

*La razón es la característica inteligencia verbal y psicosomática del hombre*. Funciona procesualmente estableciendo analogías o proporciones y metáforas. Parte de la concreción sensorial hasta alcanzar las más elevadas abstracciones universales. La racionalidad posee

unas potencialidades inmensas, pero a la vez se expone a continuos errores hasta en lo más básico. No suele avanzar por evidencias, sino que se desarrolla paulatinamente infiriendo por inducción o por deducción según la armonía de la proporcionalidad («ratio»). A partir de una serie lógica de aprehensiones particulares alcanza una progresiva comprensión o visión global.

*La mente constituye el enfoque cognoscitivo de un sujeto en un presente dado.* Normalmente implica una composición de ideas en torno a un objeto seleccionado. Al entender, la mente puede elevarse intelectualmente y por analogía en grados diversos de abstracción, o bien quedarse en una concreción inmediata.

La inteligencia se ha de ir desarrollando en el hombre, que es un ser multipotencial y psicosomático. *La racionalidad, específicamente humana, crece o decrece con la buena o la mala educación.* En cambio, en un espíritu puro la inteligencia está actualizada hasta el máximo que le corresponda. Por su parte, la mente cabe atribuirse también a los animales superiores. Podemos hablar de la mente de Dios, de un ángel, de un humano o de un primate, sin olvidar las inmensas diferencias de potencial cognoscitivo entre ellos.

El conocimiento racional busca certezas, pero su capacidad autocrítica no le permite descansar en fáciles seguridades, sobre todo al cabo de todo nuestro periplo histórico de autocorrecciones. Las más de las veces el conocer racional es aproximado y fiducial. No existe, pues, esa pretendida contraposición radical entre lo que se llama «fe» y lo que se dice «razón». No pueden oponerse, porque ni siquiera están en el mismo plano conceptual la fe, un habitual acto o estado epistémico y decisional de las mentes racionales, y la razón, la específica y natural capacidad cognoscitiva e intelectual de la mente humana. Aunque una fe comporta un posible conocimiento, es ante todo un acto o estado decisional, volitivo, mientras que la razón se sitúa en el plano conceptual de las facultades cognoscitivas. En realidad, son realidades compenetradas, como en general lo son la inteligencia y la voluntad. La razón es fiducial: cuanto menos confía en sí misma y en sus principios. Y la fe, acto o estado intelectual-volitivo propio del ser humano, requiere algún grado de racionalidad. De lo contrario, merece otro nombre y consideración: superstición, capricho, arbitrariedad u obsesión. Todo acto de fe, ya sea religiosa o profana, es racional. Y todos los actos racionales, al menos los de cierta envergadura y complejidad, comportan una confianza. *La fe es racional, y la razón, fiducial.* Lo evitable por su unilateralidad e inconsistencia es cualquier extremismo racionalista o fideísta. En el

fondo, el fideísmo es irracional y el racionalismo resulta insostenible y arbitrario. Por más que se proclamen, no existen ni la razón pura ni la fe aislada.

La diferencia conceptual entre fe y razón no las hace excluirse, como si toda fe fuera irracional y toda razón fuese desconfiada e insegura. Los actos de razón son propios de la inteligencia, de sus intentos de conocer universalmente. En cambio, los actos de fe, amén de racionales, son de nuestra voluntad libre, la cual opta por y se adhiere a algo, aun no estando intelectualmente probado. Basta que no esté reprobado y que haya alguna razonable verosimilitud, acompañada habitualmente de fuertes vivencias. La libertad misma es cuestión de fe. Y la fe es cuestión de libertad, de perspectiva e interpretación. Sin fe no habría libertad, sino sólo una disciplinada obediencia al cálculo objetivo. En cualquier caso, la voluntad en sus libres adhesiones no tiene por qué quedar al margen de la razón. Tanto el voluntarismo (o su variante fideísta) como el racionalismo son una ficción académica, aunque desgraciadamente influyentes en la historia. De hecho, *la fe es un libre acto de voluntad iluminado por la razón*. Y, aunque la fe alcance la iluminación sobrenatural, no deja de ser profundamente racional. No incurre en irracionalidades, aun abriéndose a lo más paradójico y al mayor prodigio, pues lo real es paradójico y alberga prodigios. En cualquier variante, la fe es una voluntaria opción racional. Es razonable en el sentido de que la razón propone, pero no impone. Requiere algo más que la mera y simple razón: una experiencia humana más amplia y profunda que la de un silogismo o una prueba empírica bien analizada. En la práctica, la fe incluye una dimensión racional, aunque es un acto volitivo. Y es específicamente humana, muy humana. No hay fe sin humanidad, ni humanidad sin fe.

Por hablar en positivo, consideremos que *la común y más alta vocación de los actos más racionales y más volitivos, del gran pensar y del gran querer, de la más profunda demostración y de la más sentida confianza, es la sabiduría*. La sabiduría es el objeto propio de la filosofía (con la teología). De la sabiduría las demás disciplinas sólo pueden participar secundariamente. Y es el nivel más alto y denso de verdad, así como el objeto de deseo o querer más noble. Nada es más razonable ni más fiable que la sabiduría, aunque mucho en ella es irreductible a una simple demostración inmediata. Vivida a fondo, la sabiduría es, junto al amor, la virtud más elevada. El conocer más hondo y el sentimiento más noble confluyen catapultando nuestra virtud. El amor y la sabiduría, vividos en clave trascendente, son los dos principales rasgos de la santidad, de una vida humanizada y divinizada.

## 2.2. La voluntad: sentimiento, emoción, pasión e instinto

En su intimidad espiritual el ser humano es no sólo conocimiento o razón, sino que es también querer, deseo, conmoción, fe, esto es, voluntad. *La voluntad humana es la facultad apetitiva y autodeterminativa de la psiquis.* En ella caben sentimientos, emociones y pasiones. De ser positivos estos movimientos o estados volitivos, son de afecto; y, de ser negativos, son de desafecto. En cualquier caso, aunque veamos sus interrelaciones y confluencias, no podemos confundir todo en una sola de estas categorías de la volición. Así hace, por ejemplo, la psicología anglosajona más divulgada (como la llamada «psicología positiva»), la cual suele reducir todo a emociones.

Aunque las fronteras reales entre estos movimientos del espíritu son movedizas, podemos distinguirlos a continuación. *Un mismo tipo de acto volitivo puede concretarse sucesivamente como sentimiento, pasión o emoción, e incluso de dos o tres de tales formas a la vez.* En un momento dado, podemos experimentar un sentimiento apasionado y emocionalmente manifiesto. Por ejemplo, el sentimiento más noble, el amoroso, también puede adoptar fases de intensidad pasional, y dar lugar a súbitas emociones. Con todo, el amor es propia y básicamente un sentimiento.

*El sentimiento consiste en un estado profundo y mantenido de la voluntad a favor o en contra de algo.* Admite diversos grados de afectación, pero en principio implica cierta hondura y estabilidad. Junto con nuestras ideas o perspectivas más básicas, los sentimientos conforman nuestras actitudes y las más sólidas motivaciones.

Diversamente, *la emoción representa una súbita modificación del aprecio o desprecio hacia algo.* Conlleva una conmoción somática. Dada la gran agitación que le es propia, su duración tiende a ser breve.

*La pasión se caracteriza por su intensidad y su consistente entusiasmo o enfrentamiento respecto de algo.* La pasión es intensa, como la emoción, pero más sostenida en el tiempo y más arraigada, aun sin llegar a la hondura del sentimiento. La pasión nos convulsiona como una emoción, pero con cierta estabilidad. Puede trocarse en sentimiento, que es el estado volitivo más duradero. El padecer definitorio de la pasión subraya la honda receptividad volitiva del hombre.

Previo a la voluntad en sí misma, actúa sobre ella *el instinto o impulso netamente somático que automatiza la satisfacción de necesidades básicas.* El instinto no forma parte de los actos de voluntad, como el sentimiento, la pasión y la emoción, pero comparte con éstos el ser un directo agente motivador.

La razón, en tanto esté bien entrenada, procura mostrar las opciones reales o realizables. Pero *la razón no mueve por sí sola y de modo perdurable la voluntad, a menos que se impulse desde la directa palanca del sentimiento, la pasión o la emoción o del instinto*. No obstante, la razón también puede interponer su veto a los inmediatos deseos de la voluntad o del instinto.

### 2.3. Somos raciopasionales y como tales nos educamos

Revisados los principales conceptos intelectuales y volitivos, podemos declarar con pleno sentido que *los humanos somos raciovolitivos y psicossomáticos*. Somos cuerpos espiritualmente animados. Por ello, nuestra misma razón, enraizada en su experiencia sensorial, se eleva espiritualmente a sí misma en su conocer, y alumbrada una voluntad con pasiones que distan de lo meramente material. Entre tan elevadas pasiones de la razón descuella la de aprender y contemplar la verdad más pura y amplia. Una pasión muy propia de la razón es la pasión por razonar. Gracias a la razón y sus pasiones los humanos medimos y sentimos la realidad.

En algunas fases iniciales de la vida o en virtud de ciertos accidentes, puede quedar diferido o suspendido el ejercicio de la racionalidad. No obstante, en condiciones normales somos racionales o tendemos a serlo, aun con toda la consabida fragilidad humana. De cualquier forma, sobre todo en tanto seamos maduros y equilibrados, no existe ni la razón pura ni el puro sentimiento, si bien en ciertos actos predomine o se destaque mucho el aspecto volitivo o el racional. *Nuestra razón es sentida y nuestro sentir es racional*, pese a que a veces nuestra razón se enfríe sentimentalmente en exceso o nuestro sentir se desvíe hacia lo irracional. ¿Quién razona siempre correctamente, o sin cesar mantiene puros y bien orientados todos sus sentimientos?

Conviene recalcar *la unidad raciopasional o raciovolitiva, inserta en la unitaria psicossomaticidad del hombre*. La ilustra bien la raíz ya presente en el término latino «sentio» (sensi, sensum). En esta raíz y en sus términos derivados (sentencia, asentimiento, sentimiento, sensación, sensibilidad, sentido, etc.) queda patente la unidad conceptual originaria desde la que se despliega una vertiente sensorial, otra intelectual, otra volitiva y otra mixta racional-volitiva.

Tanto en su aspecto intelectual como en el volitivo todo ser humano puede y debe desarrollar lo mejor de sí mismo: ha de educarse. Hoy se insiste casi unilateralmente en desarrollar la inteligencia, pero



más bien en lo meramente instrumental. Además, apenas se cuida la voluntad en toda su amplitud y hondura. Como mucho, en contadas ocasiones y de modo parcial, se invoca o se proyecta una educación sexual-afectiva o de la inteligencia emocional. De aquí, las hornadas de generaciones carentes de fuerza de voluntad para lo duro, lo comprometido y lo sacrificado de la vida. Algunos apelan a reintroducir una cultura y una educación del esfuerzo. Pero ni siquiera éstos se atreven a recuperar la dimensión sacrificial u oblativa de la existencia humana y de la educación. Su revalorización no tiene por qué confundirse con rigorismos del pasado o con los vigentes en países asiáticos de Extremo Oriente. *Hemos de educar tanto la inteligencia como la voluntad en todas sus facetas y mutua compenetración. Si no cultivamos bien una, no cultivaremos debidamente la otra.* Una racionalidad educada conlleva una pasión vital bien encauzada, y viceversa.

La capacidad de asombro e interrogación profundos y apasionados se ha desdibujado y reducido mucho entre los educandos. En parte, porque éstos carecen del ejemplo concorde de sus educadores. Sin el desarrollo de tal capacidad, se disuelven la poesía y todas las bellas artes, la filosofía y la investigación científica. La razón queda limitada a su mera instrumentalidad utilitarista, y el amor se liquida como egoísmo, sectarismo, tribalismo o componenda de intereses. *Apenas se educan las razones de la pasión y las pasiones de la razón.* Apenas se educa. La hoy llamada «educación» suele reducirse a formación e instrucción, con fines sesgadamente ideológicos o mercantiles.

Para educarnos de verdad, es básico distinguir la educación respecto de lo que es mera formación o mera instrucción. La educación es el arte vital de la mejora global o central de nuestras personas, todas ellas raciovolitivas y psicosomáticas. La formación se dirige a temáticas especializadas y a lo intelectual de nosotros, a que sepamos de algo dentro de un área especializada teórica o práctica. La instrucción o adiestramiento es de objetivos más restringidos y puramente aplicativos, limitándose a orientar la voluntad en muy precisos procedimientos. Sin abandonar la formación y las instrucciones, nosotros abogamos por la prioridad y la autenticidad de la educación, cuyo eje es sapiencial y por tanto filosófico. Es la educación que haga crecer conjuntamente la razón y la pasión, la inteligencia y la voluntad, la lógica y la confianza. *El núcleo vertebrador y la base de la educación en toda su entraña raciovolitiva es la filosofía, la búsqueda sincera de la sabiduría.* Tal búsqueda, tan personal y social, comporta en su objeto de conocimiento una base ontológico-epistémica y cosmoló-

gica, una entraña ético-antropológica y estética, y una apertura a la infinitud de la teología. Y, en el sujeto, la sabiduría requiere un alzamiento armónico de la razón y de la pasión desde lo fugaz, parcial y utilitario de la vida hasta las fuentes espléndidas del sentido global de la misma vida.

### *III. La armonía raciopasional y su transcendencia*

Necesitamos *discernimiento sobre las pasiones y las razones verdaderas, buenas y bellas*, con su respectiva coherencia. Toda la educación, más allá de meros tramos formativos o instructivos, apunta a capacitarnos para tan capital discernimiento vital, que ha de ser nuestra guía en la decisión y la acción.

Más allá de las enfermedades tipificadas por la psicología clínica y la psiquiatría verdaderamente científicas, todos podemos estar más o menos alterados o desequilibrados en nuestra racionalidad y nuestras pasiones, es decir, en el manejo de nuestra libertad.

Pero el principal drama humano no es patológico. No consiste en que una enfermedad anule o merme nuestra libertad, sino en que empleamos mal nuestra libertad, irresponsablemente, ajenos a la virtud, a la recta razón y a los buenos sentimientos. *El núcleo de nuestra problemática raciopasional es moral*. Entraña la orientación de nuestra profunda libertad, que es precisamente raciovolitiva. Incluso nuestra inteligencia no acierta muchas veces, y no por falta de talento, sino porque cobardemente no deseamos la verdad con todas sus consecuencias. Por ello, el núcleo de una educación auténtica es la experiencia moral, así como el eje de la formación ha de ser la ética. La educación, ante todo, debe habilitar para el discernimiento y la voluntad morales, en pro del desarrollo de la libertad y de la felicidad compartida. Esto contrasta vergonzosamente con la ínfima consideración que la ética y la teología moral reciben en el currículo escolar y universitario. Carecemos de dignos planes de estudios, de un sistema educativo digno de tal nombre, así como del suficiente número de maestros, profesores e intelectuales con la debida preparación y entrega para orientar sabiamente y dar ejemplo de vida moral elevada y apasionante. La disolución o ruptura de tantas familias, que son la fuente primera de educación, limita drásticamente la educación raciovolitiva.

Y, al abordar los desórdenes raciopasionales en su núcleo moral, no caigamos en el tabú de evitar hablar de «pecado». No lo excluyamos ni con la excusa de que es una noción meramente religiosa, ni

aunque algunos no le reconozcan su primordial dimensión antidi-vina. Dicha noción ancestral podemos considerarla en su profundo sentido amplio y pluriconfesional. En todo caso, antropológicamente debe tenerse en cuenta. Hoy más que nunca hemos de comprenderla bien, porque inusualmente unos la marginan y otros la manipulan. De lo contrario, no penetraremos en la entraña de la raciopasional experiencia moral, la de la libertad profunda. De hecho, el quicio de la libertad estriba en identificarnos confusamente con uno de los fragmentos de lo relativo, o bien optar con valentía y entereza por la visión global y la plenitud de lo verdaderamente absoluto. En todo caso, si pecamos, es porque somos libres y, como tales, podemos malograr nuestra libertad, al menos temporalmente. *Negar el pecado o la raíz de la inmoralidad es negar nuestra gran libertad y su consiguiente responsabilidad.* Engañarnos a nosotros mismos negando la idea de «pecado» o la misma palabra, no suprimirá la realidad del pecado. Antes bien, nos dejará más inermes ante ella. Reconocerlo no es pesimismo ni cosa de predicadores o de beatos, sino de mínimo realismo humano. Somos pecadores, porque, aun siendo humanos, constantemente desfiguramos nuestra humanidad. Al pecar, nos des-humanizamos y esclavizamos.

El pecado no es un simple error técnico, ni una cuestionable ilegalidad, ni una mera inmoralidad aislada. Es una maldad esclavizante que daña en mayor o menor medida el proyecto de vida y su sentido, el cual sólo tiene consistencia en una referencia absoluta. Y lo absoluto no puede confundirse con ninguna entidad relativa de este mundo: debe ser trascendente, el Absoluto. Sólo Él nos absuelve y libera de nuestra caduca relatividad y de nuestras pesadas limitaciones, ya sean innatas o adquiridas. El pecado es o tiende a ser negación de lo innegable, de lo absoluto. El pecado es contradecir nuestro mismo ser. Por eso, además de esclavizarnos y hacernos infelices, el pecado nos hace hondamente irracionales, aunque permita una astucia instrumental. Básicamente, el pecado no es sino la renuncia al bien liberador, que sólo se da en el altruismo, en la generosidad como forma de vida. Todos erramos y pecamos, perdiendo la armonía interior. Pero, *si nos abandonamos en la inmoralidad o el pecado, es decir, en la absolutización de lo relativo y en la consiguiente relativización del Absoluto, nos anclamos en el egoísmo y la animalidad. Nos despersonalizamos en alguna medida. Así, corrompemos la nobleza de nuestra vocación racional a conocer y compartir altas verdades y a disfrutar de las más gozosas pasiones, cumbre de los más dignos sentimientos.*

*Frente al mal y el pecado, frente a su irracionalismo y desorientación pasional, hay esperanza*, porque incluso el pecador es mucho más que pecado. Es mucho más que hundimiento en la fragmentación relativista o en un engañoso absolutismo. Por más que el pecado niegue su ser personal, el pecador sigue siendo, y mantiene su dignidad de ser libre. El Absoluto, del que todo depende, no nos ha abandonado en nuestra estrecha relatividad. Si como seres ontológicamente relativos existimos, es porque el Absoluto nos da el ser. Y, al habernos hecho libres, no nos ha de desamparar en nuestra libertad dañada, evidentemente muy dañada, pero no destruida.

Armonizar nuestra raciopasionalidad no sólo es asunto individual. Es armonizar las familias, el conjunto de cada sociedad y la convivencia intercultural. Particular mención merece a este respecto la necesaria reconducción que en muchos casos requiere el entendimiento entre varón y mujer, y entre culturas muy diversas o con intereses distantes. No se puede asignar tendencias de mayor racionalidad o pasionalidad a uno de los géneros o a una cultura frente a otra. Toda persona humana, masculina o femenina y de cualquier cultura, reúne en sí un gran potencial tanto racional como volitivo. Que lo desarrolle o lo exprese de un modo u otro, depende de su particular itinerario biográfico o histórico. No obstante, no podemos reducir todo a lo contingente de la divergencia cultural o histórica. Siendo esencialmente iguales como personas humanas y en dignidad, varón y mujer poseen notas o tendencias diferenciadoras universales más allá de lo físico. Por ellas, *varón y mujer son complementarios psíquica y espiritualmente, en su razonar y su sentir pasional*.

Pese a todas las dificultades, *siempre es posible reconciliar nuestras pasiones, si discernimos las edificantes, y nuestras razones, si avalamos las verdaderas*. Lo que de momento pudiera parecer un choque entre la razón y la pasión, o, como suele decirse, entre el cerebro y el corazón, puede mutarse en una sinergia o colaboración que unifica las mejores capacidades humanas.

Sin embargo, numerosos y afamados filósofos con frecuencia no han llegado a perfilar bien este equilibrio. Igual que se han polarizado demasiado los individualismos y los colectivismos, mucho se ha oscilado hacia el intelectualismo, el racionalismo y el idealismo, o bien hacia alguna forma de voluntarismo. Nuestro Ortega con su raciovitalismo es un ejemplo contemporáneo de búsqueda de tan esencial equilibrio. Sin embargo, en lo tocante al «vitalismo» su fórmula no deja de ser ambigua y no se refiere propiamente al ámbito volitivo y pasional. Con su idea de la razón poética María Zambrano se acerca más, si bien su noción

de «poesía» no abarca todo lo implicado en la voluntad y la pasión. En general, *son lamentables las unilateralidades pasionalista o racionalista de tantos sistemas de pensamiento global o cosmovisivos, ya los calificaremos como sapienciales, filosóficos, teológicos, religiosos, antropológicos o políticos*. Ninguno de tales sistemas o cosmovisiones vitales es demostrable. En muchos casos, porque son básicamente falsos. Y, en el caso de la visión sapiencial principalmente verdadera, porque su verdad es inabarcable por los humanos procedimientos probatorios. Una mente relativa y finita no puede abarcar lo absoluto e infinito, aunque pueda abrirse a ello. Por más prestigio que acumulen, las ciencias particulares son obviamente incapaces de abordar las temáticas sapienciales, si no es de modo muy parcial y superficial.

Con sinceridad, tras mucho comparar, y bien entendida, *no encuentro una propuesta más profundamente equilibrada entre razón y pasión que la representada por el Evangelio, inserto en su larga y renovada tradición judeocristiana y eclesial*. Constituye el más hondo y preciso equilibrio humano-divino, psicosomático y racionapasional. En Jesús de Nazaret se presenta la exacta y plena unión sin confusión entre lo humano y lo divino; se valora tanto lo espiritual como lo corporal, también salvado y elevado; y se pondera tanto el amor y la pasión como la verdad sapiencial. Sin desdeñar valores en otras opciones, la mejor propuesta que conozco de integración entre pasión e inteligencia, es precisamente la que más millones de personas en el mundo siguen milenariamente como religión, sabiduría o guía vital. Es también la que más ha conformado nuestra civilización intercontinental desde oriente hasta occidente.

Jesús, judío universal de hace dos milenios y hoy con más seguidores que nunca, es presentado por sus fieles, por grandes teólogos y por el arte correspondiente como el Logos eterno, encarnado y resucitado. Y es patente que su proyección en la historia ha humanizado y ha impulsado sobremanera las artes y las ciencias. Al mismo tiempo viene conmemorado una vez al año por su estremecedora Pasión, como vemos en las celebraciones de Semana Santa. Jesús el Cristo es el ejemplo sumo de unidad de Logos y Pathos, de Palabra inteligente y de Pasión máximas e inspiradoras. El seguimiento confesional de este modelo es cuestión personal y cuestión de gracia. Pero es clara la belleza de cómo la cristología conjuga el amor como absoluto («Dios es amor») y la verdad con toda su lógica eterna (Jesús es el Logos eterno encarnado, cercano). En la sabiduría cristiana *Cristo es el Logos hecho Pasión*. Es la pasión divina por acercarnos el logos de lo creado y de nuestra propia humanidad.

Por su lógica interna, por su belleza conceptual y por su fecundidad transformadora y liberadora tan experimentada, *la propuesta cristiana de Logos y Pasión es muy verosímil y atrayente*. Por ello, es, con diferencia, la forma de vida más seguida y más perseguida, pues, bien presentada y en buena lid, tiene poca competencia. Pero es irreductible a lo científicamente comprobable, ya que tamaña realidad rebasa las particulares ciencias humanas y aún la general ciencia filosófica. La Verdad de todas las cosas no cabe en una probeta, una ecuación o un encefalograma. Si cupiera, no sería tal verdad. La mente humana puede acoger, pero no dominar semejante luz. Por su magnitud, ni siquiera es sensato que sea una invención humana, aunque en su acogida hayan mediado la palabra humana, determinadas culturas y una serie de personalidades. Lo remotamente parecido de otras propuestas puede atribuirse a la Revelación primigenia y al deseo y búsqueda más hondos de la humanidad. El más profundo deseo humano es la reconciliación humano-divina, unida a la reconciliación entre cuerpo y espíritu y entre razón y pasión. Es también la reconciliación del hombre consigo mismo. Tan crucial reconciliación es un gran don y una gran tarea. A los hombres, y con gran esfuerzo continuado, nos ha cabido asimilar poco a poco el núcleo de esta inmensa y a la vez sencilla propuesta de razón y pasión, de contemplación y de acción, que se acredita a sí misma.

Una elevada unión de razón y pasión, de sabiduría y contemplación, se vive al máximo en la mística, en la cristiana y, por analogía, en otras tradiciones religiosas maduras. Así es, porque la mística es no sólo pasión o emoción desbordadas. La lectura de los místicos auténticos muestra no sólo un inmenso corazón poético, sino también una inteligencia amplia y profundísima y un gran conocimiento de sí y de la condición humana. *Los místicos son maestros de la humana condición raciopasional*.

De todos modos, nunca renunciemos al protagonismo de la filosofía, sobre todo al tratar de pasión y razón, de su educación y de la armonía entre ambas. De hecho, la filosofía es justamente la gran pasión por la gran razón, en tanto se define como amor por la sabiduría. *La filosofía es la magna pasión por la máxima racionalidad*. El amor filosófico por la verdad sapiencial es apasionado, aunque se pueda expresar con discreción. Y no se conforma con racionalidades medianas o sectoriales, sino que busca incansable una racionalidad global y de máximo calado. Sin pasión ni razón profundas no hay filosofía. Tal vez por ello los filósofos hoy escasean incluso en las facultades y en los congresos de filosofía, tal como escasea la misma

humanidad en medio de las muchedumbres humanas.

*La armonía raciopasional asciende en tanto intelectual y volitivamente sentimos cada vez mejor la realidad, con todo su orden y belleza, con todo su sentido, que da sentido a nuestras vidas.* Esto es lo que se ha de sentir con pasión y se ha de comprender con honda razón: el sentido de la vida humana, siempre filosófico o sapiencial. Si no se bloquea, este elevado sentido nos lleva a trascender lo inmediato y superficial, a ir más allá de lo meramente contingente, humano y terreno, con todas sus miserias y mediocridades. Nos conduce hacia lo único que puede poseer valor absoluto y eterno: el amor, con toda su absolutez y transcendencia.

Comprendamos las razones de la pasión a fin de lograr que nuestra pasión sea racional, por paradójico que esto parezca. Pero es que lo más sorprendente y genuino de la humanidad es su condición de búsqueda de equilibrios paradójicos. Éstos empiezan por su materialidad espiritual. Siguen por su gran pasión tan racionalizable, y por su carácter terreno, relativo, inmanente y perecedero conjugable con su impulso trascendente hacia el eterno Absoluto. Incluso entre los que pretenden o parecen negarle, en el fondo *el Absoluto constituye la mayor pasión humana y el principal objeto de búsqueda racional.*

*Recibido el 22 de mayo de 2014*

*Aprobado el 15 de noviembre de 2014*

Pablo López López

Escuela Universitaria de Magisterio Fray Luis de León (Valladolid)

pablosambas@gmail.com